

Simone de Beauvoir

Feminismo emblemático

Guadalupe Loaeza

Autora de libros como El segundo sexo, La mujer rota o La vejez, Simone de Beauvoir se erige como una de las grandes precursoras del feminismo y de la liberación de la mujer. Guadalupe Loaeza comenta la vida y la obra de una de las escritoras más influyentes de la literatura contemporánea.

Ser libre es querer la libertad de los demás.

Simone de Beauvoir

“Nací el 9 de enero de 1908 a las cuatro de la mañana”. Entonces los padres de Simone de Beauvoir vivían en el boulevard de Montparnasse número 103, arriba del café La Rotonda. La pequeña Simone llegó a un departamento muy burgués cuyos grandes ventanales daban a la avenida Raspail. En esta ocasión hablaremos de una de las obras más importantes de esta gran feminista quien cambiara el rumbo de la vida de millones de mujeres.

“Durante mucho tiempo vacilé en escribir sobre la mujer. El tema es irritante, sobre todo para las mujeres”. Es así como empieza *El segundo sexo* de la escritora y filósofa francesa Simone de Beauvoir, publicado con gran éxito, hace cincuenta y nueve años, en dos tomos (*Los hechos y los mitos* y *La experiencia vivida*) siendo uno de los más importantes ensayos que jamás se habían escrito sobre el tema. A pesar de que no lo hizo por convicción feminista, con este escrito De Beauvoir cumplió con una de las tareas más revolucionarias del siglo XX: desmitificar la condición de la mujer al demostrar que *no existe un destino biológico femenino*. Descubrir a la mujer frente

al hombre y, sobre todo, comprender el mundo y a sí misma, haciéndola consciente de que su permanente derrota no debía ser infinita. Para lograrlo tenía que asumir su destino femenino y su condición de individuo autónomo para dejar de ser objeto en manos del hombre y convertirse en la arquitecta de su propio destino. Según la filósofa española María Teresa López Pardina:

Este famoso ensayo marca un hito en la historia de la teoría feminista, y no sólo porque vuelve a poner en pie el feminismo después de la Segunda Guerra Mundial para toda la segunda mitad del siglo XX, sino también porque constituye el estudio más completo de cuantos se han escrito sobre la condición de la mujer.

Simone de Beauvoir nació en el París de la *belle époque*, en enero de 1908. Su familia no tenía dinero sino *clase y cultura*. “Toda mi educación me aseguraba que la virtud y la cultura importan más que la fortuna: mis gustos me llevaban a creerlo; aceptaba pues con serenidad la modestia de nuestra condición”, escribiría, Simone, más tarde, en su autobiografía, *Memorias de una chica formal*. Su padre, escéptico, casi cínico, individualista y gran lec-



tor, era muy consciente de su estatus social a causa de su nombre con la partícula *de*. Sus buenas relaciones de familia y sus amistades en la alta sociedad lo convencieron de que pertenecía a la aristocracia y adoptó los valores de ese círculo social. Su moral privada estaba basada en el culto de la familia; la mujer como madre, le era sagrada. Exigía que las esposas fueran fieles y obedecieran al marido. “La mujer es lo que el marido hace de ella”, decía. Para él no había duda de que la mujer se definía en relación al hombre. La madre de Simone, nacida en Verdún, pertenecía a una rica familia burguesa de banqueros. Católica piadosa y tradicionalista, sufría en silencio el haber sido transportada, por su matrimonio, a un círculo muy diferente de su entorno provinciano. Su juventud, su inexperiencia y el amor que le profesaba a su marido la hacían muy vulnerable; temía las críticas y para evitarlas, hacía grandes esfuerzos para *comportarse como todo mundo*. Para amoldar este desequilibrio entre sus padres y mantener entre ellos una especie de balanza, Simone se convirtió en una joven sumamente reflexiva. Más tarde en una entrevista, De Beauvoir diría:

En cierto modo, mis padres se repartieron completamente las tareas: ella representaba el lado contingente, al mismo tiempo que la dimensión moral y, por añadidura, religiosa; él representaba el lado intelectual y la apertura al mundo.

La formación religiosa, católica, con la idea de que nadie es desdeñable, de sus primeros años, impartida por su madre y por las monjas del colegio fue fundamental para la autora de *El segundo sexo*. Admitió, en varias entrevistas:

Una de las cosas —y no sé si lo he subrayado bastante— que me han ayudado enormemente a neutralizar el problema de la feminidad ha sido, con todo, una infancia muy religiosa, con una piedad interior muy fuerte. Eso ha influido mucho en mí hasta los doce, trece años, de suerte que en verdad me he pensado siempre “como un alma”. Y al nivel de las almas —es incluso el único buen aspecto de una educación religiosa— Dios me amaba tanto como si hubiera sido un hombre, no había diferencias entre los santos y las santas, era ése un dominio completamente asexuado. Es así como antes de toda intervención de los temas igualitarios de orden intelectual, me había sido dada en tanto que ser humano, una especie de igualdad “moral, espiritual” por la importancia misma que había tenido para mí, a pesar de todo, esa educación religiosa.

Al mismo tiempo que, en la adolescencia, su cuerpo cambiaba, su existencia también. Había perdido la seguridad de la infancia y, en cambio, no había ganado nada. Su espíritu crítico se despertaba y cada vez soportaba menos la autoridad paternal. Le molestaba el antifeminismo de su padre.

Yo no era feminista en la medida en que no me preocupaba de política: el derecho de votar no me importaba. Según mi punto de vista, hombres y mujeres eran igualmente personas y yo exigía que hubiera entre ellos una reciprocidad exacta. La actitud de mi padre hacia el “bello sexo” me hería profundamente.

Empezó a dialogar consigo misma en su Diario íntimo, ya que le interesaban más sus propios estados de

ánimo que el mundo exterior. Pero lo que más le interesaba era aprender, conocer, teorizar, investigar y transmitir todo lo aprendido y observado. Pronto se apartó de la religión. Prefería creer en un mundo sin Dios y no en un Dios que permitía el Mal y era indiferente ante la superioridad de los hombres, decretada por ellos mismos que, irreductiblemente, marcaban a la mujer con el sello de la diferencia y en nombre de esta diferencia justificaban su inferioridad. ¿Qué acaso no eran, simplemente seres humanos, tanto los hombres como las mujeres?

Cuando terminó su bachillerato con excelentes resultados, decidió continuar con una carrera académica para dedicarse a estudiar filosofía en la universidad de la Sorbonne. “Qué lástima que Simone no es hombre”, se condeñó su padre, “pudo haber estudiado en el Politécnico”. Cuando estudiaba en la Sorbonne, la joven universitaria conoció a Jean-Paul Sartre.

Una gran suerte se me dio... bruscamente ya no estaba sola. Hasta entonces los hombres que me habían interesado eran de una especie diferente de la mía... Sartre respondía exactamente a mi voto de los quince años: era el doble en quien reencontraba, llevadas a la incandescencia, todas mis manías. Con él podría compartir todo. Cuando lo dejé a principios de abril, sabía que nunca jamás saldría de mi vida.

Sartre lideraba una banda de intelectuales junto con Merleau-Ponty y Claude Lévi-Strauss. Simone no tuvo ninguna dificultad en hacerse aceptar por ellos, lo que se debía sobre todo a su inteligencia excepcional. Entonces comenzó la larga y, en ocasiones insólita, relación entre Sartre y De Beauvoir. Un *amor necesario* los unió para toda la vida, aun cuando a veces aparecían *amores contingentes*. Nunca mantuvieron en secreto ningún aspecto de su relación y a ella no le faltaron admiradores. En la primavera de 1947, Simone salió de Francia en dirección a los Estados Unidos para dar un ciclo de conferencias de costa a costa. Durante su estancia en Chicago conoció al escritor Nelson Algren, que insistió en enseñarle lo que él llamó *los Estados Unidos de verdad*. Enseguida se hicieron amantes (sólo estuvieron dos días juntos) y ella, según admitió más tarde, logró su *primer orgasmo completo*. Con él aprendió *hasta qué punto puede ser apasionado el amor de un hombre y una mujer*. Cuando regresó a Francia estaba convertida en una mujer diferente. Hasta entonces había sido más bien una mujer chapada a la antigua, hasta la fecha, nada de lo que había escrito era memorable, sólo unos artículos en *Les Temps Modernes* y el libro *Todos los hombres son mortales*. Pero regresó de su aventura americana con algo diferente en mente. La idea no era original para ella; ya se la había sugerido Colette Audry, una vieja amiga que había enseñado en la misma escuela que ella

en Ruán y que pensaba que su amiga era la indicada para escribir la obra. Se trataba de una obra que investigase la situación de la mujer en el mundo de posguerra y tras años de evasivas, De Beauvoir acabó por aceptar el proyecto por dos razones: la primera fue su visita a los Estados Unidos que le había hecho ver las similitudes y las grandes diferencias entre las mujeres estadounidenses y las europeas, en especial las francesas. El segundo motivo lo constituyó su aventura con Algren que le hizo reflexionar sobre su curiosa unión con Sartre. Era, sin duda alguna, una relación estable. Todos sus amigos y colegas los consideraban *una pareja*. A ella la llamaban la *Grande Sartreuse*, lo cual era muy revelador. Sin embargo, no estaban casados. Ni siquiera mantenían relaciones sexuales. De hecho, poco después de haber comenzado su relación, Sartre le confesó que no se sentía atraído por ella en la cama. El comentario no era muy halagador pero ella se adaptó a esa situación. Él se ocupaba de su manutención cosa que pudo permitirse gracias al éxito de sus primeras novelas y obras de teatro. Esta posición *marginal*, diferente a la situación en



Simone de Beauvoir vista por Henri Cartier-Bresson

la que se encontraban las mujeres normalmente casadas, dejaba a Simone en un lugar privilegiado que, a su parecer, le permitiría escribir acerca de su sexo con objetividad y comprensión. “Un día me quise explicar a mí misma. Empecé a reflexionar sobre todo mi ser y me sorprendí cuando lo primero que pensé fue: ‘Soy una mujer’”. Al mismo tiempo se hallaba reflexionando sobre algo más general: 1947 fue el año en que la mujer obtuvo el voto en Francia, y su libro apareció casi al mismo tiempo que en los Estados Unidos, Alfred Kinsey dio a conocer su primer informe acerca del sexo en el varón. No cabe duda de que la guerra tenía algo que ver con el cambio que se estaba dando en la relación entre hombres y mujeres. De Beauvoir empezó su estudio en octubre de 1946 y lo acabó en 1949. Logró un libro excepcional. Años después un crítico afirmó que había entendido tan bien la condición femenina porque ella misma había escapado de dicha condición. La autora estuvo totalmente de acuerdo con él.

Sin embargo, la publicación del libro provocó reacciones, algunas de ellas, de una vulgaridad y una violencia extremas.

A propósito, en su libro autobiográfico, *La fuerza de las cosas*, Simone escribió:

El primer volumen fue bien recibido: se vendieron veintidós mil ejemplares durante la primera semana. También se compró el segundo, pero escandalizó... Julien Gracq en un artículo me felicita por mi coraje... ¿Valiente? “Va a perder muchos amigos”. Si los pierdo, pensé, no son amigos míos. De todos modos yo había escrito este libro tal como quería escribirlo, pero ni por un instante me había aflojado el heroísmo. Los hombres que me rodeaban: Sartre, Bost, Merleau-Ponty, Leiris, Giacometti y los del equipo de *Temps Modernes*, también en ese punto eran verdaderos demócratas...

Firmados o anónimos, recibí epigramas, cartas, sátiras, amonestaciones, exhortaciones que me dirigían, por ejemplo, “miembros muy activos del primer sexo”. Insatisfecha, frígida, priápica, ninfómana, lesbiana, cien veces abortada, fui todo, hasta madre clandestina. Me ofrecían curarme la frigidez, saciar mis apetitos de gula, me prometían revelaciones en términos groseros, pero en nombre de la verdad y la belleza, del bien, de la santidad y hasta de la poesía indignamente devastadas por mí... También Mauriac escribió a uno de los colaboradores de *Temps Modernes*: “He aprendido todo sobre la vagina de vuestra patrona...”. En los restaurantes, en los cafés, a menudo aconteció que se burlaran de mí señalándome con la mi-

rada o hasta con el dedo... me miraban con insistencia y se reían a carcajadas... Los críticos cayeron de las nubes... “las mujeres siempre habían sido iguales a los hombres...”, todo lo que yo decía ya se sabía, no había una palabra verdadera en lo que yo decía... Yo era una “pobre muchacha” neurótica, una rechazada, una frustrada, una desheredada, una insatisfecha sexual, una envidiosa, una amargada, repleta de complejos de inferioridad ante los hombres, ante las mujeres... Incluso suscitó cólera entre mis amigos. Uno de ellos, un universitario progresista, dejó de leer el libro y lo lanzó al otro extremo del cuarto. Camus me acusó, con algunas frases tristes, de haber ridiculizado al macho francés... En otra ocasión nos había confesado alegremente que no toleraba la idea de ser medido, juzgado por una mujer: ella era el objeto, él la conciencia y la mirada: se reía, pero es cierto que no admitía la reciprocidad. Concluyó con un súbito acaloramiento: “Hay un argumento que deberías haber destacado: el hombre sufre por no encontrar en la mujer una verdadera compañía: él aspira a la igualdad...”. La derecha no podía sino detestar mi libro, que por otra parte Roma puso en el Index... Los marxistas no estalinistas, apenas fueron más reconfortantes... se me respondió que una vez efectuada la Revolución, el problema de la mujer ya no se plantearía. Bueno, dije, ¿pero mientras tanto? No parecían interesarse por el presente...

El debate suscitado por *El segundo sexo* favoreció la reflexión intelectual y al cabo dio lugar a *los estudios de género*. Todo el feminismo de los años setenta procede de *El segundo sexo*. Se han hecho cientos de ediciones y traducciones a casi todos los idiomas del mundo.

Cincuenta y nueve años después de la publicación del libro, a pesar de los críticos de siempre, se sigue pensando que esta mujer maravillosa, Simone de Beauvoir, acertó en identificar algo que otras mujeres empezaban a comprender en aquellos momentos y, además, al hacerlo les estaba proporcionando argumentos. *Había dado voz a toda una generación de mujeres*.

A pesar de que el patriarcado continúa siendo la forma dominante de la organización social en nuestro planeta, el mundo es un lugar diferente de lo que era en 1949, el año en el que *El segundo sexo* se publicó en Francia. Si podemos conservar la llama de De Beauvoir encendida, debemos de asegurarnos de que en nuestra sociedad las jóvenes mujeres estén estimuladas para desarrollar sus habilidades intelectuales lo más posible y capacitarlas para que puedan llevar una vida creativa sin luchas ni sacrificios indebidos. **U**

Todo feminismo de los años setenta procede de *El segundo sexo*.